

530

UNA GRIPE Y KIPLING

José Agustín Goytisolo

Una gripe retorcida, de las de antes, me ha retenido en casa durante varios días. Y por no hacer lo que hago corrientemente, que es leer, escuchar o escribir sobre eso que llaman actualidad, me puse a rebuscar en los estantes más altos de la más vieja de mis librerías: quería releer, conocer mis gustos literarios más antiguos, saber quién fui como lector adolescente.

Así ha sido como me he decidido por tres libros de un mismo autor, Rudyard Kipling, que acabo de terminar. Sus títulos son: "Capitanes intrépidos", "El libro de la jungla" y "Algo sobre mí mismo". En las portadillas, con tinta algo borrosa, mi nombre y una fecha: 1942. Vamos a ver, pensé, que queda de mi admiración por Kipling ahora, cincuenta años después.

Y me he dado cuenta de que las aventuras de los valientes patronos y marineros que faenaban en aguas de Terranova, de que la historia de Kim, el pícaro huérfano de los bajos fondos de Lahore que después de peregrinar por toda la India acaba siendo jefe del servicio secreto británico, y de que las reflexiones del autor sobre sí mismo, me devolvían la imagen de un hombre que transmitía inquietud, furia, terror y desesperación, pero también coraje.

Con toda seguridad el pesimismo de Kipling <sup>sobre un mundo/</sup> al que sus héroes se enfrentan con poco éxito, le cayó bien a mi ánimo deprimido de muchacho huérfano de guerra, y me ayudaron a dar la cara y a pelear en un ambiente enrarecido, hostil y gris. Así aprendí a saber que éramos muchos los perdedores, los desgraciados, los mentidos, para unirme a ellos y buscar los momentos alegres, los días felices que se escondían en la otra cara de la vida.

Kipling, en su infancia y adolescencia lejos de su familia, durante sus años viajeros, en su oficio de periodista y de novelista, aprendió a retratar el lado oscuro de la vida, la tragedia de muchos seres humanos, la mayoría, que no conocen lo que sea el amor, la caridad y la justicia, pero que se aferran a una esperanza y pelean por ella, sin rendirse. "A menudo el artista tiene unos sentimientos demasiado exacerbados, demasiado propensos a la mordedura

del dolor; por ésto todo artista debe convertirse en un hombre con el corazón de hierro y la mente endurecida, para poder así afrontar la vida y representarla tal cual es."

Kipling fue un escritor audaz, su ambición fue totalizadora: ni en el más breve de sus relatos quiere mostrar sólo fragmentos o partes de la realidad. Su empeño, su deseo, es retratar un mundo confuso, denso, intrincado, lleno de raíces profundas y altísimos árboles, formado por ríos, llanuras, desiertos, colinas, montañas y ciudades, rodeado de mares tenebrosos: en todas partes alienta el corazón de los hombres, la injusticia, la miseria, pero también la belleza, fugitiva y perecedera. Nunca eligió héroes de alcurnia: sus héroes son niños abandonados a su suerte, periodistas, aventureros, soldados, mujeres humilladas y viejos marineros.

Cuando en 1907 recibió el Premio Nobel, continuó escribiendo igual que antes: sabía que su público eran los adolescentes, no la gente adulta, cuyos gustos cambian siguiendo modas literarias, y así siguió, incansable, hasta su muerte en Londres, en 1936. Sus últimos libros fueron "Cartas de viaje" y "Cuentos de mar y de tierra". Había nacido en Bombay, en 1865.

He preguntado a mis sobrinos si aún siguen leyendo a Kipling, y sí, claro que sí, siguen leyéndole, igual que a Joseph Conrad y a Edgard Allan Poe. Y lo curioso es que en los institutos no se diga una palabra sobre sus vidas y obras. Deben ser considerados escritores menores, cosa que ni son ni serán nunca. Pero a los adolescentes es difícil apartarles de lecturas que les gustan: pueden ocultarse, pero reaparecen, como el Guadiana. Algo parecido está sucediendo con libros que a las muchachas les gustaron antes, y que hoy día vuelven a gustar a sus nietas: "Alicia en el País de las Maravillas" y "Al otro lado del espejo", de Lewis Carroll, o toda la serie de aventuras de "Celia", de Elena Fortún.

Vuelvo a Kipling, quiero saber en qué reside su facultad de meterse en el turbio meollo de la vida y luego salir de él y retratarla con objetividad, sin moralizar ni intentar angustiar a nadie. Y pienso que se debe a que no inventa nada, que no juega nunca con lo sobrenatural, con lo fantástico: la realidad está llena de visiones, de sueños, de pesadillas y obsesiones que son naturales, que forman parte de la vida real de mujeres y hombres, y por eso no puede hablarse de un Kipling realista y un Kipling visionario.

530c

En sus memorias "Algo sobre mí mismo", dejó una clara declaración de principios: "Escribo sobre todo lo que comprendo y sobre muchas cosas que no comprendo: escribo sobre la vida y sobre la muerte, sobre los hombres y las mujeres, sobre el dolor y el odio, sobre el amor y el destino. Y lo hago a través de uno, dos o varios personajes: justamente los que considero necesarios."

Otra reflexión: Kipling llama "demonio" a lo que normalmente suele denominarse "inspiración", que en puridad es una manifestación del inconsciente, y avisa a los escritores para que si el demonio toma el mando, no quieran pensar conscientemente, sino que le sigan la corriente, que aguarden, que le obedezcan. Luego, añade, tenéis que trabajar vuestros escritos, pulirlos, como el más hábil y meticulouso artesano, y vuestro creativo demonio y vuestros lectores os premiarán con su solicitud, no se apartarán de vuestra obra.

Sí, comprendo mi entusiasmo juvenil por la obra de Kipling: es un buen narrador que no endulza ni le quita hierro a la vida. No aguarden a pillar una gripe, como he hecho yo, para releerle o para pedirle, a un sobrino o a un nieto, que le deje leer alguno de sus libros.